

HQN™



GENA
SHOWALTER

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

SIN CÓRAZÓN

ENEMIGOS INMORTALES



GENA
SHOWALTER

SIN CØRAZÓN

ENEMIGOS INMORTALES



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2021 Gena Showalter
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Sin corazón, n.º 252 - marzo 2022
Título original: Heartless
Publicada originalmente por HQN™ Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1105-479-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

A las mujeres que me animaron cuando dije: «Mirad, tengo esta idea». Mil gracias a Jill Monroe, Mandy M. Roth y Naomi Lane. No puedo expresar con palabras todas las formas en que me habéis ayudado. Os quiero y os adoro a todas.

Prólogo

Kaysar de Aoibheall, de doce años de edad, limpió la sangre y otras cosas de las garras de metal que llevaba adaptadas a la mano. Era la tercera vez que mataba en ocho meses. Contuvo el horror que sentía y echó a correr rodeando una línea de árboles para recoger a su hermana pequeña.

Cuando el trol había salido de entre las sombras, ansioso por comerse a su hermana de cinco años, Kaysar la había escondido tras un matorral y había obligado a aquel monstruo de un metro ochenta de altura a que retrocediera, valiéndose de su habilidad más poderosa, la voz de la coacción. Pero, al estar tan asustado, la voz se había... debilitado, y había tenido lugar una lucha brutal. Un enfrentamiento en el que él había ganado por poco.

Estaba lleno de cortes y heridas y tenía un aspecto horrible, pero Viori casi no se dio cuenta. Tenía la mirada perdida, y la expresión tan vacía como siempre.

-Todo va bien -le dijo él, sonriendo forzadamente, mientras la ayudaba a ponerse de pie. Ella se agarró con fuerza a su muñeca, Drendall-. Ven, cariño. Vamos a salir corriendo de aquí.

Los troles iban en manadas. Cuando te encontrabas con uno, era porque ibas a encontrarte con más.

Con el corazón acelerado, apartó a Viori de la carnicería. ¿Por dónde, por dónde? El mapa que se había dibujado con

sangre en el brazo se le había emborronado en la batalla. Soltó una maldición en silencio. Iba a tener que improvisar.

Decidió tomar un camino serpenteante marcado por el curso de un arroyo y apretó el paso. La naturaleza endulzaba su respiración jadeante, y un viento cálido formaba remolinos con las hojas caídas. Agarró con fuerza la mano de Viori, porque le daba miedo que la muñeca y ella también volaran.

A pesar de lo temprano de la hora, unas sombras densas se arrastraban y deslizaban al otro lado del arroyo. El follaje de las plantas carnívoras atraía a sus presas. El sol iluminaba la otra orilla con una luz dorada, pero allí había demasiados duendes, y los duendes eran ladrones. Otra amenaza. No podía permitirse el lujo de perder nada, porque todo lo que poseía era necesario para la supervivencia de Viori.

-¿Quieres que te cante una canción? -le preguntó, fingiendo preocupación.

El tiempo pasaba en silencio. Su hermana no había vuelto a decir una palabra desde la muerte de sus padres. Al principio, él no se había angustiado por aquella falta de comunicación. Tenía demasiadas responsabilidades nuevas, estaba demasiado ocupado como para enfrentarse a su propio dolor y, mucho menos, al de otro. Ahora, sin embargo, pensaba un poco más en ello.

-Puedo cantar lo que quieras -dijo-. ¿Te apetece algo sobre una princesa y un príncipe?

Aquel era su tema favorito.

-¿Y si le canto a Drendall? ¿Crees que le gustaría oír una canción para ella?

Viori siguió mirando al frente, sin responder.

Él exhaló un suspiro de abatimiento. Estaba fallándole a su hermana.

Sabía que lo que le impedía hablar era el sentimiento de culpabilidad. Hacía ocho meses se había extendido una epidemia por su comunidad, y sus padres habían caído

enfermos. Como sus padres trabajaban en el cultivo de los pétalos de duende para mantener a la familia, Viori había decidido utilizar su *glamara*, una habilidad sobrenatural innata, la más fuerte que poseía un hada. Como él, podía imbuir su voz de coacción y, cuando daba una orden, aquellos que la oían sentían el impulso de obedecer. No servía de nada tratar de resistirse. Sin embargo, Viori aún era muy pequeña, y su *glamara* no estaba perfeccionada. Ella no sabía que las emociones siempre afectaban al tono. Y, cuando los sentimientos negativos estaban detrás de las palabras, ocurrían cosas malas.

Cuando más temerosa, disgustada y desesperada estaba, Viori les había ordenado a sus padres que se sintieran mejor. Y el matrimonio se había sentido mejor al morir.

Ellos dos llevaban solos desde entonces. Viori había dejado de hablar.

Al día siguiente de que él quemara los cuerpos de sus padres, según la costumbre de las hadas, había llegado un recaudador de impuestos para saldar las cuentas pendientes incautando la granja. Ese día, un vecino les había dicho que podían quedarse con él... si encontraban la manera de corresponder a su increíble generosidad. Él se había negado.

Otra pareja se había acercado con la esperanza de adoptar a Viori, pero solo a Viori. Él también había rechazado su oferta, porque temía por la seguridad de la niña y no estaba dispuesto a ignorar el último deseo de sus padres: que siguieran juntos, pasara lo que pasara. Aunque él no tuviera un refugio ni dinero, sentía un amor incondicional por su hermana, y no creía que mucha gente pudiera decir lo mismo. Su hermana era la única familia que le quedaba, e iba a protegerla con su vida.

-Bueno, olvida lo de la canción. Mejor, te voy a hablar del pueblo que vamos a visitar.

Por lo general, elegía lugares que estuvieran a buena distancia de la Corte de Verano, la bulliciosa capital de su

reino. Se rumoreaba que, a menudo, secuestraban a los huérfanos en la calle, y nunca volvía a saberse nada de ellos.

El silencio continuaba, y su congoja aumentaba.

-Dime cómo puedo ayudarte -le suplicó a Viori. Ella no respondió.

¿Cómo podía ayudarla a disminuir la angustia y el sentimiento de culpabilidad? ¿Cómo podía convencerla de la verdad? Él no la responsabilizaba por lo que había ocurrido. Él también había cometido terribles errores con su *glamara*.

¿Debía reconsiderar sus decisiones? ¿Estaría mejor aquella niña traumatizada con la pareja que quería adoptarla? Ellos tenían un hogar permanente. Podían darle estabilidad, tres comidas diarias de alimentos que ellos mismos habían cultivado, y no algunos bocados robados de cualquier sitio. Si Viori se quedaba atrás por algún motivo, no necesitaría esconderse. No correría peligro de que la atacaran los troles, o de algo peor. No tendría que sufrir por el frío o el calor. Tendría amigos y podría llevar vestidos bonitos, y no harapos.

¿Y qué pasaría cuando su nueva familia descubriera el alcance de su *glamara*? No había muchas hadas tan poderosas. Aunque los cánticos de su madre fascinaban a quien los oía, y cada palabra de su padre inspiraba una emoción y una impaciencia antinaturales, ninguno de los dos podía obligar a otros a someterse a su voluntad.

¿Y si aquella familia utilizaba a Viori para su propio beneficio y la trataba como un objeto? No. Su hermana no estaría mejor sin él. Él estaba haciendo todo lo que podía por protegerla, y entendía su lucha como nadie podía entenderla. Fuera como fuera, le daba una comida completa todos los días, conseguía agua fresca y encontraba refugios cálidos.

Con frecuencia, robaba lo que necesitaban. Como último recurso, utilizaba su *glamara*. Cuando lo hacía, Viori y él

recogían todas sus cosas y se marchaban al día siguiente, por si alguien se daba cuenta de la verdad. La gente temía lo que no podía controlar, y atacaba lo que temía.

Vio pasar otro grupo de duendes. Iban volando, gorjeando de júbilo, dejando un rastro de polvo brillante a su paso. ¿Dónde iban con tanta prisa? ¿Acaso ocurría algo especial?

Ayudó a Viori a saltar por encima de un tronco caído y se detuvo.

-Un segundo, cariño.

Estudió lo que quedaba del mapa. Había un pequeño claro un poco más adelante. ¿Se reuniría allí la gente? Sí, seguro que sí. Donde había gente había provisiones; comida, ropa y armas. O robaban algo los duendes, o lo robaba él.

Respiró profundamente, con miedo. Si lo atrapaban, Viori se quedaría sola en mitad del bosque, y no en una aldea, donde, tal vez, algún alma caritativa decidiera ayudarla. ¿Seguía hacia delante, o cambiaba de dirección?

Un momento. Oyó unas voces y se agachó, llevando a Viori consigo hacia el suelo. Eran dos hombres, y su tono era autoritario, iracundo. Eran hadas. Las emociones estaban exacerbadas, lo cual aumentaba el peligro. Viori y él podrían conseguir mejores provisiones en otro lugar. Decidió cambiar de rumbo.

Después de dar dos pasos, oyó el rugido del estómago de su hermana y, en medio del silencio, le pareció casi estruendoso. Se avergonzó. Cuando se trataba del bienestar de Viori, no tenía miedo, ni límites, ni amigos. Solo enemigos con una posesión temporal de sus cosas. Por alimentar a su hermana, merecía la pena correr un riesgo.

Mientras la llevaba hacia el arroyo, crujío una ramita bajo sus pies. El agua clara corría sobre las piedras preciosas del lecho, dejando un rastro de espuma blanca en la orilla. ¿Dónde podía esconder a Viori? Miró a su alrededor y vio dos posibilidades: enredaderas venenosas o troncos de

enormes árboles con raíces muy gruesas que acogían legiones de hormigas de fuego.

Tendría que decidirse por las enredaderas venenosas. Llevó a Viori hacia ellas y se echó a temblar mientras notaba un dulzor en el aire. Las enredaderas venenosas aturdían a las hadas, y pocos de los de su especie se acercaban a ellas. Él la animó a que se agachara y se acurrucara entre los tallos, y le puso la muñeca en el regazo. Siempre y cuando Viori estuviera quieta, no tocaría el follaje.

-Sabes que siempre te voy a proteger, ¿no? Quédate aquí y no te muevas -le susurró, dejando la mochila a sus pies.

Su hermana no reaccionó. Estaba demasiado absorta como para darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

-Voy a ver qué pasa -le dijo, de todos modos-. Durante este rato, tienes que pensar en lo mucho que te quiero, ¿de acuerdo? Vuelvo enseguida.

Aunque estuviera herido y ensangrentado otra vez, volvería. Viori tenía la mirada perdida, y continuó en silencio. Con el corazón encogido, él le dio un beso en la frente y, después, besó también a la muñeca. Se alejó antes de cambiar de opinión. Se le empañaron los ojos. «Concéntrate. No mires atrás».

Atravesó el arroyo y salió a la otra orilla con los pies y las pantorrillas empapados. Iba dejando un rastro de agua tras de sí mientras avanzaba entre los árboles delgados y las sombras. Las ramas le araÑaban la cara, pero se negó a disminuir la velocidad. El olor a flores desapareció y, en su lugar, fue percibiendo un hedor a podrido. Contuvo la respiración y, sin querer, pisó un hongo rojo y amarillo que crecía en una piedra irregular.

De repente, un hombre profirió un horrible insulto, y se oyó el grito de dolor de una mujer. Él aceleró el paso, se quitó el arco que llevaba colgado del hombro y preparó una flecha. Fue acercándose, abriéndose paso por un laberinto de ramas y de hojas, donde había reunidos cientos de

duendes embelesados. Cerca del último grupo de árboles, vio a tres hombres y a una mujer. Se quedó inmóvil para analizar la situación. Una niña pequeña, tres bestias grandes. Debían de ser soldados, y parecían ricos, tal vez de una familia real. Dos eran mayores, el tercero, joven, de dieciséis o diecisiete años.

Desde el lugar donde se encontraba tenía una vista de perfil de todos ellos. La chica permanecía de rodillas, mientras que ellos estaban en pie. Ella era pelirroja y llevaba un moño en la nuca. Su vestido, aunque era sencillo, estaba bien confeccionado, y tenía un escote amplio. Llevaba un collar de diamantes.

-Por favor -gritó, juntando las manos-. No hagas esto.

Los tres se burlaron de ella. ¿Los dos mayores eran hermanos? Los dos tenían el pelo blanco y lo llevaban recogido en un par de trenzas. Eran altos y musculosos, llevaban jerséis finamente tejidos, pantalones de cuero y botas de combate. Sobre los hombros llevaban espadas cortas con empuñaduras de hueso de hielo.

Hueso de hielo. Un cristal que solo podía encontrarse en las Tierras de Invierno.

Kaysar frunció el ceño. ¿Qué hacían unos guardias reales de la Corte de Invierno tan lejos de casa?

Apuntó al hombre más grande de todos. Aunque sabía que un puñado de flechas no iba a poder derribar a unos guerreros hada tan poderosos, también sabía que sí podrían retrasarlos y, con eso, ganaría tiempo para escapar.

-¿Acaso esperabas hacerte con mi reino a través de mi hijo, muchacha? -preguntó el más alto de todos, con furia.

¿Su reino? Se decía que el rey Hador Frostline era alto y musculoso, y que tenía una melena blanca y rizada. Y también se decía que su hermano menor, el príncipe Lark, se parecía a él. Sintió miedo. ¿Con qué se había topado?

El rey le dio una palmadita al adolescente en el hombro. Debía de ser el príncipe Gareth Frostline, su hijo.

-¿Tienes algo que decirle a esta mujer? -le preguntó.

-No, en absoluto. No es nadie para mí.

De repente, sintió ira. ¿Y si aquellos tres trataran así a Viori?

La muchacha se encogió. Se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar.

El príncipe Lark emitió un sonido de disgusto.

-Me portaré bien -dijo ella-. Puedo... puedo marcharme de la Corte de Invierno. Sí. Me marcharé y no volveré nunca. Por favor.

Los tres hombres se miraron y se echaron a reír.

-Ocúpate de ella, hermano -le dijo el rey al príncipe Lark-. Tienes que practicar.

-Mi habilidad es casi tan grande como la tuya -dijo el príncipe Lark, protestando.

-Casi. Pero te falta control. Vamos, adelante -dijo el rey, y señaló a la chica como si fuera algo sin importancia-. Practica.

Kaysar se dio cuenta de que tenía dos opciones: salvar a la chica y salvar su conciencia, tal vez, condenando a Viori y condenándose a sí mismo, o marcharse, condenar a la chica y condenar a su conciencia.

¿Podría salvarla? ¿Un niño contra tres hadas de la realeza? ¿Y si fracasaba? ¿Qué sería de Viori?

No tuvo que debatirse más. Bajó el arco. El bienestar de Viori le impedía hacer nada. Se le revolvió el estómago al ver que el príncipe Lark tomaba a la niña por la barbilla. Ella abrió mucho los ojos con una expresión de terror. Empezó a jadear como si se estuviera asfixiando, y aparecieron unas líneas negras en su piel. Trató de forcejear y de interrumpir aquella conexión, pero el príncipe continuó.

Las líneas invadieron sus ojos y bajaron por su cuello.

Kaysar lo presenció con ira.

Ella perdió las fuerzas. Sus forcejeos se debilitaron.

Él apretó los puños.

La muchacha quedó inerte, y el príncipe Lark le arrancó la cabeza de un solo movimiento. Se echó a reír al ver brotar la sangre. Siguió riéndose cuando el cuerpo cayó al suelo. El collar de brillantes se descolgó y aterrizó unos cuantos metros más allá. El rey y su hijo dieron vítores.

Kaysar sintió el ardor de la bilis en la garganta. El príncipe Lark levantó la cabeza como si fuera un trofeo de guerra. O un juguete infantil. Le dio una patada y la lanzó a buena distancia. Después, desapareció. Tenía la habilidad de teletransportarse, algo que él aún no había desarrollado. Sus compañeros lo siguieron al cabo de unos segundos.

Entonces, Kaysar emitió un bramido ronco y los duendes echaron a volar. Tomó una bocanada de aire y trató de concentrarse. Tenía que olvidar la atrocidad que acababa de presenciar. Más tarde se ocuparía de sus emociones. Con el comprador adecuado, aquel collar podría proporcionarle comida para Viori durante más de un mes.

Miró a su alrededor; había unos seis metros entre el collar y él, por un terreno cubierto de flores silvestres, sin rocas ni tocones de árboles. Ignoró su temblor y se colgó el arco del brazo. Volvió a tomar aire profundamente.

Entonces, salió corriendo por el claro, pero... a mitad de camino, alguien lo agarró con fuerza por el cuello y lo atrapó contra un cuerpo mucho más fuerte. Aunque luchó, su captor le retorció el brazo por detrás de la espalda.

-Ya me parecía que había oido a alguien entre las sombras -dijo su captor, y se echó a reír-. ¿Qué tenemos aquí?

El príncipe Lark chasqueó los labios contra la mejilla de Kaysar.

-¿Un ladrón travieso que quiere robar una propiedad de la Corte de Invierno?

Al ver que el rey y su hijo aparecían también, a pocos metros de distancia, el pánico se apoderó de Kaysar.

El rey frunció el ceño.

-No podemos permitir que haya un testigo que pueda desvelar nuestros secretos -dijo.

-Es una pena desperdiciar una cara tan bonita -respondió el príncipe Lark, frotándose contra Kaysar-. Déjamelo a mí. Yo me aseguro de que esté callado.

No, no. Sin ningún otro recurso, Kaysar se concentró en su *glamara* y habló con firmeza:

-Vas a liberarme. Vas a alejarte, y me olvidarás.

El rey palideció, y los príncipes se pusieron tensos, pero ninguno obedeció. Se miraron los unos a los otros.

-Creo que he detectado un hilo de compulsión -dijo Hador, y enarcó las cejas como si estuviera impresionado.

-Creo que sí -dijo el príncipe Lark, y pasó los dientes por el lóbulo de la oreja de Kaysar-. ¿Es que no sabes que para dar órdenes a un hada real, tu *glamara* debe ser más fuerte que la suya, sea cual sea tu poder?

Kaysar se quedó helado.

-Deja que lo mate -pidió el príncipe Jareth, con una sonrisa de maldad-. Como el tío, yo también necesito practicar.

El rey también sonrió, con una especie de alegría enfermiza, y desenvainó su daga-. Lo siento, hijo, pero le debo un regalo a tu tío. Aunque no voy a correr ningún riesgo...

Kaysar sintió horror y comenzó a forcejear con todas sus fuerzas. Sin embargo, el rey lo agarró por la barbilla sin dificultad y le obligó a abrir la boca. Entonces, le cortó la lengua con la daga, mientras los tres hombres se reían. Sintió un dolor lacerante, una agonía. La sangre le obstruyó las vías respiratorias.

Cuando le fallaron las rodillas, debido al mareo que sentía, el príncipe lo soltó, y él cayó al suelo. Trató de alejarse, arrastrándose. «Tengo que volver con Viori...».

Pero la oscuridad se lo tragó.

Un año después

Se oyó el tintineo del metal. Un chirrido de bisagras. Y, después, los pasos de su torturador, que subía por las escaleras. Kaysar tomó aire bruscamente. Con el corazón desbocado, retrocedió y se apretó contra la pared, envuelto en sombras. La carne desnuda tocó la piedra helada, y a él se le escapó un siseo. La cadena resonó levemente, contribuyendo con una nota nueva a aquella siniestra melodía.

Lark volvía.

El príncipe podría teletransportarse y aparecer directamente en la mazmorra, pero prefería aproximarse con lentitud para crear más terror.

Kaysar se fijó en detalles insignificantes. Estaba atardeciendo, y los rayos del sol entraban apagados por la ventana, iluminando la habitación más alta de la torre más alta del Palacio de las Tierras de Invierno, la joya de la corona de la Corte de Invierno. Allí, Kaysar tenía algunas de las comodidades que había querido darle a Viori. Una cama con un colchón de plumas. Una bañera y acceso a agua limpia, un verdadero lujo. Pero... cuánto odiaba aquel lugar.

Había sufrido desde el primer momento de su captura. El príncipe Lark y el rey Hador habían abusado de él a su antojo. Lo mantenían encerrado y atado con el collar de diamantes que él había querido vender a un tramo de cadena clavado a la pared. Los eslabones eran indestructibles. Sus carceleros le daban de comer lo mínimo para que sobreviviera.

Al principio, se había sentido como un animal atrapado. Había luchado contra la situación con todas sus fuerzas. La rabia, el odio, la culpabilidad y la vergüenza habían ido en aumento, y su mente se había roto. Y, al final, había descubierto que solo sentía odio. Hervía en deseos de

masacrar a sus enemigos, de acabar con ellos entre gritos de dolor.

Y, después, podría comenzar a buscar a su amada Viori. Se le contrajo el pecho. ¿Estaría bien? ¿La habría encontrado alguien? ¿La habrían ayudado, o le habrían hecho daño? En sus peores pesadillas, se la imaginaba muriendo de sed, unos días después de que él la hubiera dejado entre aquellas enredaderas.

Se le cayó una lágrima.

Los pasos del príncipe se acercaron, y Kaysar se puso muy tenso. Aquel día iba a intentar escapar. Si fracasaba...

No podía fracasar.

Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano y empezó a canturrear suavemente. La vibración se extendió por su lengua, que estaba empezando a regenerarse. Lark no lo sabía. Pero iba a comprobarlo muy pronto.

Kaysar sonrió al imaginarse cómo manaba la sangre de todos los orificios del cuerpo del príncipe.

Se oyó otro tintineo. Más chirridos metálicos. La puerta se abrió, y en el vano apareció Lark, ocupando todo el espacio. Rizos blancos y despeinados, orejas puntiagudas, ojos azules vidriosos. Llevaba una túnica blanca arrugada y pantalones de cuero, y un par de dagas enfundadas en un cinturón. Olía a vino avinagrado y a sudor.

-Creo que no te va a gustar lo que tengo pensado para hoy -le dijo a Kaysar, con una sonrisa.

Lo odiaba. Los odiaba a todos. Lark y Hador le habían arrebatado a su hermana. Le habían quitado la libertad y la cordura. Incluso le habían privado de su futuro. Él no iba a permitirlo más.

Riéndose, como siempre, el príncipe se acercó y dejó caer la camisa por el camino. El odio se acumuló en la garganta de Kaysar. Gritó:

-¡Detente!

Y Lark... obedeció.

El príncipe arrugó la frente con confusión. Trató de resistirse a la inmovilidad, pero no dio un paso más.

En aquel momento, Kaysar saboreó la victoria, y anheló más y más.

-¿Cómo? -preguntó Lark.

¿Cómo había conseguido él, que todavía no había alcanzado la inmortalidad, que se le regenerara una parte de la lengua?

-He estado tatareando una canción curativa -dijo. Hacía mucho tiempo que no hablaba. ¡Qué alegría!-. Y, ahora -dijo, frotándose las manos-, voy a hacerte sufrir.

El príncipe Lark forcejeó con ferocidad, pero era demasiado tarde. Kaysar lo atravesó con la mirada y gritó. Fue un sonido maravilloso, bello y espantoso a la vez. Hermoso y enloquecedor. Había gritado más veces, pero nunca así. Su voz era cada vez más fuerte, más resonante. Toda la torre tembló, y el aire se llenó con las crepitaciones de su poder, mucho más grande, incluso, de lo que había pensado.

Lark empezó a sangrar por los oídos, una visión gloriosa. Kaysar se concentró: «Matar a Lark. Escapar. Matar a todos los demás. Encontrar a Viori».

Cuánta diversión iba a experimentar en su camino de salida de la Corte de Invierno.

Lark se derrumbó, retorciéndose de dolor. Cuando no pudo soportarlo más, buscó a tientas una de las dagas que tenía en el cinturón y se apuñaló las orejas. Kaysar se acercó más, con la respiración entrecortada. El príncipe estaba sangrando por todos los orificios, como él había imaginado. Sonrió. Aquel era un comienzo maravilloso.

-Ayuda -suplicó el príncipe. Estaba pálido y tembloroso, y a Kaysar le recordó a la joven sirvienta que había implorado que le perdonaran la vida-. Ayúdame.

Aquel dolor y aquella indefensión fueron como un bálsamo calmante para el alma de Kaysar.

-Sí, deja que te ayude -dijo, poniéndose de rodillas.

Lark irradió una sensación de alivio cuando Kaysar le apartó con cuidado la sangre de los ojos. Entonces, al ver la mirada de Kaysar, el príncipe volvió a sentir terror.

Delicioso.

Mientras el hombre cabeceaba intentando negar lo que iba a suceder, Kaysar tomó la daga y lo apuñaló una y otra vez. Cada uno de los golpes le proporcionó una inmensa alegría, y se rio. Solo dejó de reírse cuando la cabeza de Lark se separó de su cuerpo.

Frunció el ceño. El príncipe había muerto. Su vida se había extinguido. Sin embargo, él no había terminado de matarlo. Necesitaba matarlo otra vez. Unas cuantas puñaladas no eran suficiente.

Nunca habría nada que fuera suficiente.

Kaysar, lleno de sangre, jadeando, utilizó la punta de la daga para soltarse el collar. Era libre. Debería sentirse triunfante, pero estaba furioso. El cadáver del príncipe era una ofensa. Había muerto, y había dejado de sufrir.

En vez de sufrir durante toda la eternidad, uno de sus torturadores había muerto. No era justo. Lark había estado torturándolo un año entero, y había muerto en un momento. Inaceptable.

Decidió que no dejaría aquel reino sin matar a alguien más. Volvería para encargarse del rey Hador y del príncipe Gareth cuando hubiera reunido todas sus fuerzas. Dentro de poco tiempo, la familia Frostline iba a conocer los horrores que le habían infligido. No iba a matarlos con rapidez.

No volvería a cometer ese error.

Capítulo 1

*Astaria, reino de las hadas
Corte de la Medianoche*

-¡Cómo se atreve!

Kaysar el Desquiciado, rey de la Corte de la Medianoche, dio un puñetazo en el brazo de su trono. Era un complicado asiento, fabricado con gruesas ramas de enredadera venenosa. A lo largo del arco superior, había flores rojas como la sangre, con pétalos afilados y dentados. Tenían un olor dulce y embriagador.

-Hay que hacer algo -dijo.

El príncipe Gareth de las Tierras de Invierno le había mentido, y él odiaba a los mentirosos. Despreciaba a aquel príncipe por mil razones más, por supuesto, pero las mentiras... En su opinión, no había un crimen peor que mentir.

Va demasiado lejos.

Se preparó otro grito. Si uno no podía hacerse cargo de su maldad, tal vez no debería cometer el acto malvado. Con una mano envuelta en metal, se preparó para levantarse y golpear a Gareth. Con la otra mano, se agarró al trono para continuar sentado.

-Vuelve a contármelo, palabra por palabra, sin cambiar nada -le ordenó a su vidente-. Llena mis oídos, una vez más, con su crimen.

-¿Palabra por palabra? -preguntó ella.

-Sí -respondió él.

Aunque la vidente le había dicho su nombre más de una vez, él la conocía únicamente como Eye, una mujer muy bella a la que había salvado de los trasgos hacía mucho tiempo. ¿Años? ¿Eones? El tiempo había perdido el sentido para Kaysar. Un día era igual al siguiente. Se despertaba pensando en diferentes modos de castigar a sus enemigos y, después, castigaba a sus enemigos. Aunque el método variara, el objetivo siempre era el mismo.

-Muy bien -dijo. Con pavor, Eye repitió:- Lamento mucho deciros esto, Majestad, y, por favor, no gritéis, pero el príncipe Gareth se acerca a vuestras... fronteras.

-¿Cómo se atreve? -preguntó, nuevamente, Kaysar.

Eye pestañeó.

-Tal vez debiera estudiar el mapa -le sugirió, como una madre a un niño molesto-. Deseáis estudiar vuestro mapa, ¿no?

Su mapa. Se puso muy tenso, pero, después, se dejó caer en el trono.

-Sí, deseo estudiar el mapa.

Se pasó las garras por el antebrazo, como hacia de niño. Agradeció sentir el dolor, ver las gotas de sangre.

Durante todos aquellos siglos, había memorizado el mapa de Astaria y cada uno de los cinco reinos de las hadas, pero el arte de dibujar un mapa tenía un efecto calmante para él. Era el único vínculo que le quedaba con su hermana. ¿Tuvo de verdad una hermana en algún tiempo? Algunas veces, se preguntaba si se lo había imaginado. Si había sido un producto de su imaginación que le había servido para conservar la cordura. Sin embargo, en el fondo sabía cuál era la verdad.

Se grabó unas líneas rojas en la piel, haciendo cortes y utilizando las solapas de piel como marcadoras. Apenas sintió los últimos pinchazos, debido a la tensión.

-¿Majestad?

La palabra, pronunciada con suavidad, llamó su atención y alzó la cabeza. Se concentró en la mujer que tenía delante. Eye estaba rodeada de muros de ónix y de antorchas, y llevaba un vestido blanco. Parecía etérea como un sueño. Tenía una gloriosa melena oscura que enmarcaba su rostro delicado. Su piel era de un color un poco más claro que sus ojos castaños.

Kaysar respondió con los dientes apretados.

-¿Cuál es la única norma que te he impuesto, Eye?

Ella hizo un gesto de pesar, antes de responder:

-No puedo interrumpiros, Majestad. Pero, si me lo permitís, hay solo dos ocasiones en las que no voy a cumplir la norma, aunque me esté muriendo.

-Está bien. Di cuáles son.

-Cuando estéis estudiando mapas que no son mapas -dijo ella, y cambió el peso del cuerpo de un pie al otro-. Y en cualquier momento intermedio.

¿Mapas que no eran mapas? Kaysar se pasó la lengua por un colmillo. ¿Era culpa suya que los demás no pudieran comprender sus obras de arte?

De niño, no tenía dinero para comprar papel y tinta, así que había tenido que adaptarse. Viori y él habían tenido que salir huyendo de su pueblo tantas veces, para evitar que los castigaran por intentar sobrevivir, que él necesitaba un mapa. El Bosque de los Muchos Nombres era un laberinto bien conocido porque engullía a los visitantes y, después, escupía sus huesos.

Su mayor miedo era encontrar los huesos de Viori en aquel terreno boscoso.

Sintió una constricción en el pecho. Le costaba respirar cuando pensaba en su hermana.

-Tu insolencia es preocupante, Eye. Pero soy un rey que conoce la clemencia. De vez en cuando. Te doy la oportunidad de evitar el castigo. Muéstrame lo que está haciendo el príncipe Gareth en este momento.

La vidente tenía la habilidad de fundir su mente con la de otros para revelarles las visiones que tenía del pasado, el presente o el futuro. Para ella era un proceso doloroso, pero a Kaysar no le importó.

Tal y como había hecho miles de veces, proyectó una imagen en su mente. Era la imagen de Gareth Frostline atravesando el Bosque de los Muchos Nombres con su flamante esposa, la princesa Lulundria, la niña mimada de la Corte de Verano.

-Enséñame cuál será el resultado de nuestro enfrentamiento -dijo él.

Jareth estaba deseando que se produjera aquel enfrentamiento. De lo contrario, ¿por qué iba a acercarse a sus fronteras?

¿Acaso el marido quería impresionar a su nueva esposa con su valentía?

Pues solo iba a encontrarse una humillación.

Después de que él escapara de su cautividad, había buscado incansablemente a Viori, pero su hermana había desaparecido sin dejar rastro. Se agarró con fuerza a los brazos del trono y clavó las garras en la madera. Ni siquiera Eve había conseguido atisbarla en sus visiones.

Los Frostline le habían arrebatado todo lo que amaba. Durante siglos, él había acumulado y refinado su odio y, ahora, iba a cerciorarse de que la familia real sufriera sin descanso, sin remedio. Hasta que Hador y Gareth experimentaran el mismo sufrimiento que le habían infligido a un niño pequeño y a su hermana, no tenía intención de terminar con aquella guerra personal. Así que la guerra no terminaría nunca.

Su sufrimiento no se había mitigado con el tiempo. Y el de ellos tampoco iba a mitigarse.

-Para mostraros el final, debo ver el principio -dijo Eye. Su gran rechazo por la sangre era su principal defecto. Con otros muchos-. Y ¿para qué iba a molestarme? Los dos sabemos que el ganador seréis vos.

-Te vas a molestar porque yo te lo ordeno -respondió él, con una sonrisa. Una expresión que muchos habían descrito como «la imagen más aterradora del mundo».

¿Sabía que iba a ganar? Sí. Pero, de todos modos, quería ver el resultado.

En la batalla, no tenía igual, aunque no hubiera nacido con un talento innato para matar. Durante sus años formativos había trabajado de agricultor, como sus padres. En realidad, tenía éxito en la batalla porque nada podía distraerlo de su objetivo.

También era una ayuda el hecho de haber aprendido en las condiciones más difíciles. Había pasado siglos luchando contra troles, trasgos y ogros. Lo peor de lo peor.

Tal vez él también fuera un monstruo, ¿no? Pero, por lo menos, no era un mentiroso.

Después de tomar el control de las Tierras de la Noche, un territorio prisión habitado solo por la escoria de la sociedad, había creado un nuevo reino, el Reino de la Medianoche, sin que nadie pudiera impedírselo. Para las hadas, el poder equivalía al derecho. En cada territorio reinaba aquel que tenía la fuerza necesaria para conservar la corona.

Con los años, la Corte de la Medianoche se había convertido en el reino más rico de todos, porque tenía recursos de los que otros carecían. Además, las Tierras de la Noche eran las más peligrosas, tal vez, con la excepción de las Tierras del Amanecer.

Tan solo por diversión, había conquistado también unas tierras yermas atestadas de monstruos. Aún no había organizado otro reino, pero lo haría en cuanto se hubiera cansado de perjudicar a los Frostline.

Su ejército y él no tenían problemas para conseguir lo que él se propusiera, porque sus soldados estaban muy motivados y, en la lucha, no tenían rival. Mataban sin vacilación a cualquiera al servicio de los Frostline; pero, según las órdenes que habían recibido, respetaban la vida

de los miembros de la familia real. Kaysar aún se arrepentía de haber matado tan rápidamente, y tan pronto, al príncipe Lark.

Nadie podía torturar a un muerto. Él lo había intentado.

Su único consuelo era que el resto de la familia deseaba estar muerta.

-Vas a mostrarme el final y todo lo que necesite ver.

Se apoyó en el respaldo del trono y clavó una de las garras en el brazo del trono. El veneno de la enredadera brotó de los pinchazos.

El contacto con alguna de aquellas gotas podía paralizar a la mayoría de las hadas durante unos minutos y debilitarlos durante semanas. Kaysar se había expuesto al veneno progresivamente y había conseguido inmunizarse.

-Siempre hay algo que deberíais ver -dijo Eye-, pero solo vais a aceptar lo que queréis aceptar.

-Y tengo derecho a hacerlo. Ahora, muéstrame lo que te he pedido y nada más.

Eye cabeceó decepcionada. Después, proyectó otra imagen hacia su mente. En aquella imagen efímera, aparecía Jareth, de rodillas, ensangrentado, agachando la cabeza entre sollozos.

¿El príncipe Jareth, tan humillado como para llorar? Kaysar tenía que ver aquello.

La vidente se puso en jarras.

-¿Por qué no acabáis con la vida del rey Hador y el príncipe Jareth, y termináis de una vez por todas con vuestros sentimientos de odio?

Muchacha boba.

-Uno no se separa de las cosas que ama. Las mantiene cerca, se aferra a ellas.

El odio era su mejor amigo, el más antiguo. Su familia más cercana. Si lo perdía como había perdido a Viori, se quedaría sin nada.

Eye lo miró con lástima y señaló el tatuaje que él tenía en el bíceps. Era una serpiente enroscada formando un

número ocho, mordiéndose su propia cola, con una espada en el centro. Era el símbolo de su reino, y simbolizaba la guerra eterna.

-¿Por qué vuestro deseo de venganza es más importante que mi deseo de paz? Estoy cansada de la guerra, rey Kaysar. Vuestro pueblo entero está cansado de la guerra. ¿Es que eso no os importa?

-Qué pregunta más absurda. Por supuesto que no me importa. Mi pueblo tiene un techo, tiene comida y protección y, si alguien los ofende, es como si me ofendieran a mí. Solo exijo lo que me deben a cambio.

-Creéis que os deben obediencia ciega.

-No. Creo que me deben obediencia y honestidad.

Si alguien mentía, inmediatamente perdía el privilegio de respirar.

Ella alzó ambas manos.

-Vos impedís a vuestro pueblo que encuentre la felicidad.

Error.

-La felicidad es lo único que he dejado en sus manos. Si no la alcanzan, es solo culpa suya -dijo él, y ladeó la cabeza, observando con más atención a su oráculo-. ¿Has decidido que mis condiciones no son aceptables, Eye? Entonces, puedes dejar mi reino. Incluso te permitiré hacerlo con la cabeza sobre los hombros.

Para llegar a otro reino, Eye tendría que atravesar el Bosque de los Muchos Nombres. Algo difícil, teniendo en cuenta que él había afincado allí a los centauros, los ogros y los troles hacía mucho tiempo. Si alguien no estaba bajo su protección, o la de los Frostline, era muy posible que fracasara en su intento de pasar de reino a reino.

-No tengo deseos de dejaros -dijo ella, con un suspiro familiar-. ¿Acaso no deseáis el amor, las alabanzas y el respeto?

-No -respondió él, muy en serio.

A menudo, se le acusaba de ser cruel, de estar obsesionado y enloquecido. ¿Para qué iba a cambiar? Se

gustaba a sí mismo tal y como era.

Ella se encorvó de hombros, como si le hubiera fallado.

-Si no os liberáis de vuestro deseo de venganza, no podréis abrazar vuestro futuro ni a vuestra compañera, la única persona capaz de daros aquello que tanto anheláis. Y no es venganza, os lo prometo.

Lo que él anhelaba tanto. Volver al bosque, con doce años, de la mano de su hermana pequeña.

-No tengo compañera, no la quiero, y solo anhelo la venganza.

Eye estalló con desesperación.

-Podrías tener una mujer. Podrías tener algo más que dolor y soledad.

¿Soledad, él?

-Estoy empezando a cuestionarme tu cordura, Eye.

-Si seguís por este camino, os vais a condenar a una eternidad de tristeza -le dijo ella, mirándolo con pesar-. Perderéis todo aquello que os importa.

-Ya he perdido todo lo que me importaba. Ahora solo estoy correspondiendo.

-Pero...

-Ya está bien -dijo él, malhumoradamente. Se puso en pie de un salto, y añadió-: Los Frostline plantaron las semillas del odio en el terreno fértil de mi corazón. El rey y su hermano pasaron doce largos meses regando esas semillas, asegurándose de que germinaran y echaran raíces. Pero, aquí estás tú, quejándote de que un árbol dé su fruto. ¿Cómo te atreves? Los Frostline van a comer el fruto de su labor, eso te lo juro.

-Kaysar...

-Será mejor que contengas la lengua, Eye, antes de que aumente mi colección.

Sí, tenía varias lenguas en frascos, en una estantería especial de su habitación. También tenía otros órganos. ¿Qué mejor trofeo que una parte de sus enemigos?

-Muy bien, podéis ir -dijo ella, con un movimiento de las manos- a comenzar el principio del fin.

Antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde, Kaysar se teletransportó al Bosque de los Muchos Nombres. Apareció exactamente en el lugar que había visto en las imágenes de Eye.

Se concentró en su misión: hacerle al príncipe Gareth todo el daño posible, el peor daño posible. Que comenzara la diversión.